¡Ninguno!

Quedo, pues justificado (!!)

Hortensia, resucitada apenas de los transportes de la sensualidad, me dijo sollozando de delicia;

—¡Soy muy culpable!

¡Pero me has arrebatado al cielo!

¡Tanta ha sido mi ventura!!

Esta frase, injenuamente pronunciada, centuplicó mis deseos.

Nuevos y mas suaves besos me unieron otra vez á mi dulce amiga.

Ya no se trató de volver á Paris.

Por el contrario, regresamos á Spa, donde permanecí cinco dias.

O por mejor decir, «cinco noches.»

¡Qué noches!

El mortal que disfrutase cincuenta noches semejantes seria un dios!

Hortensia habia cedido á la fuerza.

Mas era muger.

Y el deleite que habia despreciado, se convirtió en su elemento.

Unir la gloria al amor;

Adorar á mi amada;

«Evitar á su madre dolorosos pesares», fué mi tarea, que supe llenar completamente.

Hortensia, trasformada bajo el peso de mis caricias, me vió partir con estraordinario dolor.

Me ausenté, sin embargo.

Y llegado á Lyon, la memoria de las noches de Spa me persiguió hasta tal punto, que no tardé en regresar á la capital, donde ya se hallaba la encantadora Hortensia.

Pusímonos mútuamente de acuerdo.

Tomamos todas las precauciones imaginables, para cubrir nuestros lazos con un velo impenetrable.

Y aunque Hortensia, débil aun, y solo seducida, temia las observadoras miradas de su madre. no obstante TENIA CELOS al propio tiempo, por un sentimiento contrario, DE LAS CARICIAS QUE YO PRODIGABA Á JOSEFINA SU MADRE!!

Mi esposa conocia cuales eran mis necesidades físicas.

Olvidarla, hubiera sido despertar sus sospechas.

Mortal afortunado era yo.

Podia pasar de los brazos de mí esposa á los de mi amada...

¡Y eso, que cada vez que esta sospechaba que habia dormido sobre el regazo de su madre, hacia esperar, largas horas, el momento de descansar sobre el suyo!!

No es, seguramente, permitido á hombre alguno ser más FELIZ de lo que yo lo era, en aquellos deliciosos dias.

¡Mi patria engrandecida!

¡Las potencias estrangeras esclavas de mis intereses!

Una encantadora muger en el renuevo de sus juveniles años, embriagándome de placeres y de aromáticas delicias.

Todo esto llenaba el colmo de mis deseos.

Mi conducta con Josefina la habia convencido de que su hija no me inspiraba ya interés alguno.

Aplaudíame en secreto de haber ocultado mis amorosas intrigas, no tan solo á mi consorte, sino tambien á las ávidas miradas de los cortesanos que me rodeaban.

No duró mucho «tan dulce satisfaccion».

Constant, mi ayuda de cámara, me participó que el duque de Bassano habia dicho á diversas personas:

—«Volad á los piés de Hortensia».

«El viento sopla en popa».

Semejante noticia me apenó.

Mandé llamar á Maret.

Y le pregunté:

—¿Donde ha sabido V. las noticias que esparce, acerca de la señorita Beauharnais?

Hallábame yo encolerizado.

Maret se creyó perdido.

Sin embargo, tuvo ingenio.

Y me contestó con franqueza...

—¡Ya sabéis que eso no es un secreto entre nosotros!

Su sinceridad desarmó los rayos de mi cólera.

—Pues bien, le añadí; sino es un secreto, ¿qué es lo que dicen? ¿cómo nos juzgan á mi amada y á mí?

—Como dos personas superiores á la opinion del vulgo, y á todos los demás hombres.

—¿Lo sabe mi esposa?

—No lo creo.

—Maret, al primero que cuente á Josefina algo sobre este asunto, aunque sea mi propio hermano, le haré arrojar al fondo del mar.

Mis cortesanos me conocian bien.

No ignoraban que, una vez soltada una palabra, hubiérala cumplido apesar del mundo entero.

Asi es, que mi mujer no concibió sospecha alguna de mis amores, por espacio de ocho meses.

El poder, la violencia y la sorpresa me habian hecho dueño absoluto de Hortensia.

Pero una vez paladeada la copa de la felicidad, el deleite y los voluptuosos placeres que encontraba en mis brazos, la unieron con dulcísimos lazos á mi persona.

La «seguridad de la madre consolaba á la hija» de haberse visto obligada á recibir mis besos.

Y cuanto más se multiplicaban nuestras caricias, más redoblaba Hortensia sus cuidados y sus atenciones, para con aquella escelente muger, á quien debia la existencia.

Por fin «éramos venturosos» (?)

Pero una imprudencia de nuestra parte, abrió los ojos á mi esposa.

Espiraba el mes de febrero.

El frio era escesivo y penetrante.

Partimos á Rambouillet.

Los anchos fosos del palacio se habian helado.

El cielo aparecia sereno.

El sol brillaba con todo su esplendor.

Hortensia;...

El príncipe de Baden;

Borghese;...

Yo, y otros varios, fuímos á pasearnos sobre el hielo de los fosos.

Al dia siguiente debia llegar Josefina.

Todos habíamonos dispersado.

Unos corrian á la halconera...

Otros querian ver los rebaños...

Otros, en fin, se dirigian á la isla de los Cisnes.

Por último;

Hortensia y yo nos encontramos, sin haberlo premeditado, en el islote de las rocas.

Era un paisage en estremo pintoresco, sobre el cual pedazos de piedra transportados con sumo trabajo, se levantaban, figurando una bellísima roca perfectamente imitada de la naturaleza, en cuyo centro se encontraba, al nivel de la tierra, un elegantísimo retrete, que embellecia mas y mas tan delicioso sitio.

Mi amada y yo nos sentimos agradablemente sorprendidos al vernos solos en aquella mansion de delicias.

Hortensia, apoyada en mi brazo, recibió un beso, que las circunstancias y el sitio hicieron en estremo peligroso.

Mi compañera, tan «conmovida» como yo, miró con inquietud para ver si se acercaba alguno.

No tardamos en penetrar en el lindo retrete...

Casi sin haberlo imaginado...

Nos sentamos en un sofá.

Y el deleite nos puso al uno en brazos del otro.

Perdidos en un océano de delicias, habíamos ya olvidado el universo...

Cuando de repente cae á nuestras plantas una persona pronunciando, solamente, estas palabras:

—¡Dios mio!

Nos levantamos rápidamente...

¡Júzguese nuestra sorpresa y nuestro dolor.!

¡Josefina yacia tendida en el suelo, privada del conocimiento!

Su hija dió un grito, esclamando:

—¡Madre! ¡Adorada madre! (!)

Arrancóse de mis brazos...

Y mas ligera que el ciervo, corrió á palacio, y se encerró en su aposento.

Delicada era mi situacion....

Pero no tardé en tomar un partido.

Levanté á mi esposa;

Y la deposité «en el mismo sofá», donde dos minutos antes me habia sorprendido en brazos de su hija.

Josefina, con ayuda de las sales que le hice respirar, no tardó en recobrar los sentidos.

—¡Conque ya no hay remedio! me dijo al volver en sí, y reconocerme.

¡Y tambien mi hija...!

—¡Tu hija ha obrado como debia!

—¡Que dices!

—¡Lo repito!!

—¡Calla, calla!

—¡Como tú misma, en su lugar, hubieras obrado!

—¡Sacrílego!...

—¡En gracia de tu reposo, del mio, del suyo propio, tu hija ha cedido!

—¡Ah! bárbaros!

¿Pero como ha cedido..?

¡Al ardor de tus caricias, indudablemente!

—¡Nó, sino á la violencia y á la sorpresa!

—¿Eh?

—¡A mí, en una palabra!

—¡Ay de tí!

—Ya me conoces; ya sabes si es fácil, si es posible resistirme.

—¡Nó, por desgracia!

—He visto mugeres, jóvenes y hermosas.

Fácilmente las he olvidado.

Tú sola, Josefina, tú sola has sido siempre la única idolatrada por mi ardiente corazon!

¡Con esto que ahora lamentamos, te robo algunas caricias, és cierto, pero... ya sabes que «necesito muchas mugeres»!!

Si no fuese monarca, culpable seria de no haber sabido reprimirlos deseos que me arrastraban hacia tu adorable hija...

Pero, señor del más bello imperio del mundo, he creido y creo aún tener el derecho de ser feliz, sin que me importe el individuo que haya de contribuir á mi ventura.

Josefina, Hortensia es tu hija.

Pero tambien forma parte del número de mis vasallos.

No lo olvides;

Ya sabes como trato á la Europa...

Piensa ahora si soy hombre para respetar vuestras preocupaciones.

Si ningun hombre puede compararse conmigo, en el universo, no te compares tú tampoco á ninguna muger.

«Engrandécete» (!) para poder acercarte á mis «gigantescas proporciones.»

Toma mi elevacion.

Sigue siendo buena madre.

¡No dejes nunca de ser sensible esposa!

Josefina derramaba abundantes lágrimas.

Yo me paseaba á grandes pasos.

Esperaba la respuesta que debia darme.

Y la aguardaba con verdadero anhelo.

Al fin, habló en los términos siguientes:

—Napoleon, lo he resuelto;

Mi infortunio está escrito y no quiero ver á sus autores.

Quiero huir.

Deseo sepultarme en una lejana ciudad.

Allí lloraré en silencio.

Lloraré á mi hija, á mi traidora, á mi culpable, á mi criminal hija.

¡Pero: qué digo!

¡Nó! ¡No es criminal!

¡Desventurada tan solo!

¿Qué es lo que ella podrá oponer á tu poderio?

¿A tu poderio, que hace doblar bajo su peso la cerviz de los monarcas y de los vasallos?.....

Las justas quejas de mi esposa comenzaban á fastidiarme....

Así es, que la abandoné ásperamente para regresar á palacio.

Llegué al cuarto de Hortensia.

Llamé... En vano.

No quiso responderme.

Semejantes caprichos y rarezas tales no me convenian...

Por lo tanto, tolerarlos una sola vez, habria sido esponerme á otros iguales cada dia.

—Rompamos, pues, por todo, me dije, y probemos que nunca los descontentos, sean quienes fueren, podrán imponerme leyes.

Furioso estaba.

Comencé á dar golpes en la puerta de Hortensia.

Y le dije:

—¡Abre, ó mando echar la puerta abajo!

Mi amante abrió temblando.

Pálida, lívida estaba.

El amor y la compasion se apoderaron al instante del corazon mio.

Ignoro quien me inspiró.

Pero lo cierto es que me sentí inspirado por la ternura y la elocuencia.

—¡Cómo! me dijo Hortensia, ¿qué pretendes?

—¡Que te portes como si nada hubiera pasado!

—¿Acaso podré de hoy en adelante mirar el rostro de mi madre?

—¡Sí!

—¡Que miradas lanzaria ella contra su rival!

—Temes lo que no existiria...

—¡Oh tú á quien, segun dices, nada hay imposible, procura separarme del lado de mi madre!

—¡En vano me lo pides!

—¡Te adoro!

—Bien, pero...

—¡Busca los medios... ¡Que digo!

¡No! ¡No hay ninguno!

—¡Asi és!

—Entrégome, pues, en brazos del destino...

No habia acabado de hablar Hortensia, cuando Josefina hizo que la anunciaran.

Su hija no se hallaba en estado de sufrir su presencia.

La pobre, próxima á desmayarse, se retiró á un gabinete inmediato.

Solo yo, recibí á mi esposa.

—Procura, le dije, sentarte un momento á mi lado y no interrumpirme.

Deseos que no he podido enfrenar, y una multitud de circunstancias que han subyugado mi razon, me han precipitado, relativamente á Hortensia, en errores que ya no me es dado remediar.

Te quiero sinceramente, Josefina;

Sin embargo, si en esta ocasion no procuras parecerte á Europa, y no ceder á mi voluntad, no salvaras á tu hija y te perderás.

Si llegas á exaltarme, nada en el mundo me detendrá.

Seré, si me obligas, un segundo Enrique VIII. (1)

Aun procuraré escederle.

Y esto, sin remordimientos y sin temor.

---

(1) Sabido es que Enrique VIII, hijo y sucesor de Enrique VII, rey de Inglaterra, repudió á Catalina de Aragon, para casarse con Ana Bolena, á quien mandó decapitar en 1536.

Juana Seymour, su manceba, subió al trono, y murió de parto.

Sucedióla Ana de Cleves, á quien tambien repudió al cabo de seis meses.

Vino despues de esta, Catalina Howard, hija del duque de Norfolk, á cuya desgraciada señora hizo cortar la cabeza en 1542.

Este rey fué un mónstruo de lascivia y crueldad.

La amenaza de Napoleon era, pues, terrible.

Sabes que á nada, ni á nadie temo en la tierra;

¡Que ningun sér de los que en el mundo existen, puede impunemente oponerse á mi voluntad!

Amiga mia...

Esposa mia...

Pesa cuanto acabo de decirte.

No me induzcas á ser con aquella que amo, mucho mas culpable de lo que hasta ahora he sido.

Te sobra la razon.

Tienes más que todas las mujeres del mundo juntas.

Por mi parte, procuraré aligerar tus pesares.

Te doy esperanzas, Josefina, de sujetar mis pasiones...

Pero no puedo comprometerme á subyugarlas en un tiempo determinado.»

No recuerdo qué otras razones añadí para obligar á mi esposa á conformarse con su suerte.

No me habia disfrazado á sus ojos.

Era yo todo entero el que respiraba en la espresion de los sentimientos que acababa de declararle.

Me retiré para dejar á Josefina en libertad de reflexionar.

Sin duda concertáronse madre é hija...

El caso es que al dia siguiente las «encontré juntas...»

«Y no observé en sus facciones la desesperacion de la víspera.

No esperaba, á decir verdad «tanta paz doméstica.»

Así es que formé el cariñoso proyecto de no abusar de la «bondad forzada» de mi muger.

En su presencia, usé de la mayor reserva con su hija.

Y en público, mi indiferencia hacia Hortensia, pareció tan natural, que parte de la córte creyó que habíamos sido calumniados.

Propúseme agradecer á Josefina el haber sabido «cerrar los ojos» ante infortunios que no podia evitar.

Y lo conseguí con todo mi placer.

Guardé con mi «querida esposa», (!) tantos cuidados y atenciones que lograron sorprender al mundo.

Sin embargo;

Hortensia continuaba siendo muy amada por mi.

Ella no habia, por supuesto, dejado de idolatrarme como el primer dia.

Pero uno y otro, usábamos de la «mayor delicadeza» para buscar ocasiones de vernos,

El más profundo misterio ocultaba muestras citas.

Apesar de que pocas auroras dejaban de iluminar con sus rayos nuestros trasportes voluptuosos.

Nuestros amores eran «dulces, deliciosos y tranquilos.»

Pero un descubrimiento, feliz y funesto á la vez, despertó en Hortensia las más vivas inquietudes.

...Principiaba á rayar el dia...

Y yo, despertando de un delicioso sueño, ardia en deseos de ver á mi amada, á mi idolatrada Hortensia!

Nunca la habia adorado con tanto entusiasmo.

Pasé á su cuarto...

Una escalera secreta me condujo, sin ser notado, á la alcoba, que era siempre testigo de muestras caricias.

Me adelanté de puntillas, para proporcionar dulce sorpresa...

Y ¡oh asombro!

Llegaron á mis oidos repetidos sollozos.

—¡Hortensia! ¡Hortensia!

A mis voces redoblaron los quejidos...

—¡Amada y deliciosa niña!

¿Qué causa arranca tus lágrimas? ¿Porqué lloras así?

Arrojéme con rapidez en sus brazos.

Enjugué sus hermosos ojos...

¡Y su llanto abrasó mi corazon, porque era el riquísimo nectar del deleite!

¡Qué felicidad!

¡Qué placeres! ¡Qué encanto!

¡Qué amor esperimenté en sus primeros y ardientes trasportes!

¡Creí que iba á agotarse mi vida!

¡Mas nadie espira de deleite, «porque ascenderia venturoso á la morada del eterno bienestar!»

Habiendo recobrado la calma, pregunté á Hortensia la causa de sus penas.

—¡Ay, amado mio!, me dijo: ¿Qué vá ser de mí?

—¿Porqué?

—¿En qué profunda caverna, podré ocultar de hoy en adelante, mi vergüenza y mi debilidad?

—¡Pero... esplícate!

—Bonaparte... ¡SOY MADRE!

—¡Hortensia! ¡amada mia! ¡mi divinidad! ¡Eres madre!

—¡Sí, sí!!

—¡Llevas en tu seno una prenda de mi amor!

¡Ah!... ¡repítemelo!

¡No me atrevo á dar crédito á tanta ventura!

¡Cómo!

¿Seré padre?

¿Veré á un hijo mio, ofreciendo al mudo secundar mis hazañas?

¡Nó, nó!

¡Tu me engañas, Hortensia mia!

¡Seria demasiada felicidad!

—¡No te engaño!

—¿Desde cuando? ¿Qué indicios te lo aseguran?

—¡Hace ya cinco semanas que «no te he prohibido entrar en mi alcoba,» y ya sabes, Napoleon, que «hay dias» en que «está absolutamente cerrado para tí mi dormitorio!»

Mi alegría rayó en delirio.

Estreché suavemente á mi querida contra mi corazon.

Mis lábios depositaron en los suyos millones de besos, cuya suavidad debia penetrar hasta el lugar donde se estaba formando el heredero del vasto imperio que yo dominaba.

Hortensia participaba débilmente de mi entusiasmo.

Su situacion le parecia horrorosa.

En vano representábale la grandeza de mi nombre...

¡Toda mi omnipotencia!

¡En vano!

Aunque, dotada por la naturaleza de tantas gracias, de tanta hermosura, la idea sola de que llevaba en su seno una prenda de mi ternura, triplicaba á mis ojos los encantos de mi tímida amiga.

Acalorado con las sensaciones que en mí habia despertado, formé en su favor los mas vastos proyectos.

Hubiera dado el mundo entero por unirla indisolublemente á mi suerte.

Juzgué prudente retirarme.

Y lo hice, diciéndole:

—Tranquilízate, amiga mia.

Te dejo un momento, para ir á meditar en los medios de restituirte el reposo y la ventura.

Mi posicion era verdaderamente difícil.

Queria conciliar la ventura de Hortensia, con la viva pasion que habia sabido inspirarme.

En ninguna época de mi vida habia reflexionado tan profundamente sobre el estado de mi corazon, sobre mi poder, sobre mi voluntad, y sobre los obstáculos que á ella podian oponerse.

Ora sea que su estado hubiese aumentado la suma de mis deseos...

Ora que, de dia en dia, amase con mas ardor á Hortensia, lo cierto es que su completa posesion me representaba la mas seductora imágen de la felicidad.

¡Que dichoso seria, decia entre mí, «si Hortensia ocupase el lugar de su madre»!

. . . . . .

¡Sabido es que Napoleon casó á Hortensia CON SU HERMANO!!

Despues la olvidó.

Nuevos amores ocuparon sus escasas horas de ocio.

Y en todos ellos mostróse á la altura de su inagotable temperamento.

Aquí cesamos de ocuparnos de las «Memorias» del ilustre emperador.

Creemos que con lo dicho basta y sobra para comprender el estado de disolucion de aquella época.

Que era nuestro objeto.

CAPÍTULO V.

Lijera ojeada de la Prostitucion en Francia desde 1810 hasta 1839.—Diferentes matices entre la prostitucion, el libertinaje y la galanteria.—Prostitucion clandestina.—Prostitutas de entonces.—Su esclavitud.—Dueñas de casas de prostitucion.—Medios que empleaban para tener á las prostitutas bajo su yugo.—*Entremetidas*.—Su papel.—Sus astucias.—Una escena de seduccion,—*Marcheuses*.—Sus funciones.—Pedregosas.—Sus costumbres nocturnas.—Detension de una pedregosa de 60 años y un jóven de 19.—Prostitutas soldadescas.—Su origen.—Casas] de citas.—Argumentos contrala abolicion de la *carrera* ó paseo de las prostitutas.—Una condesa dueña de una casa de prostitucion.—Misterio.—Anécdotas.—Proyecto de reglamento general, concerniente al ejercicio de la prostitucion.—Comentarios.—Prostitucion especial de las menores.—Pequeñas pedregosas.—*La Griseta* de Paris en el año 1841, hasta el 49 ó 50.—Su vida, sus costumbres.

En 1810, el número de prostitutas en París ascendia á 18.000, comprendidas en él las «entretenidas.»

Bajo la Restauracion, habia ascendido á 20.000, que proporcionaban á la policia un ingreso de 150.000 francos.

Y desde la revolucion de 1830, el número escedió de 20,000.

Sin embargo;

Segun Parent-Duchatelet, en aquella época no habia muchas mas de tres mil inscritas y con cartilla.

Pero no contaba seguramente á las entretenidas, á las jóvenes modistas, ni á las obreras.

En todo caso, este número, para una capital que en dicho año contaba con novecientos mil habitantes, era muy inferior al de las prostitutas de Lóndres, metrópoli donde se contaban hasta 75.000, sobre 1.800,000 almas.